
CORREO

POLITICO Y LITERARIO DE SALAMANCA.

Sábado 11 de Junio de 1808.

Entre los infinitos papeles que poseemos análogos á las circunstancias, y que pintan al vivo la energía que ha desplegado la mas noble de las Naciones en defensa de sus derechos, de su religion y legítimo Soberano, hemos creido conveniente dar la preferencia á la siguiente carta del Señor Don Juan Escoiquiz, dignísimo Español, y respetable Preceptor de nuestro amable Monarca. En ella leerá el Reyno la negra trama urdida para nuestro daño en el gabinete frances; y hallarán las Naciones Europeas los justos motivos de nuestros procedimientos hostiles, en una época cabalmente en que nos estaban viendo sinceros y afectuosos aliados del ambicioso Emperador de los Franceses. La lectura de los nobles sentimientos de su Autor, y de la desgraciada inocencia de nuestro Rey adorado, no servirá en el dia para determinar los ánimos al partido que deben abrazar; porque no hay Español alguno que no haya ofrecido ya generosamente su vida y haberes para confundir la alevosa perfidia con que se procuraba pagar la amistad y los sacrificios que prodigabamos á nuestros asesinos: pero formará en nuestro Periódico como un principio de que han dimanado las activas y acertadas disposiciones que vemos con asombro habernos puesto en pocos dias en estado de no temer de las Aguilas imperiales.

Copia

Copia de una Carta de Escoiquiz á los Españoles, que tiene prevenida para si la buena ventura la conduce á las manos de algun verdadero Español.

Quando yo considero la situacion y estado en que se hallará mi amada Nacion, careciendo de la presencia de su buen Rey y de la demas augusta familia, y abrigando al mismo tiempo en su seno las mas envenenadas sierpes; y quando por otra parte miro con el mas amargo dolor que apenas se encontrará un Español que no vea en mí el movil de tan espantosa desgracia, he creido que era de mi obligacion, no tanto el disculpar mis fatales, aunque bien intencionados consejos, quanto el exponer á la faz del mundo entero los tortuosos pasos y sinuosas maquinaciones que precedieron al monstruoso y fementido aborto que tan largo tiempo abrigaba el seno de Francia.

¿Lo diré? ¿Y por qué callar el encadenamiento de la mas horrorosa y negra perfidia con que ha eslabonado su ambicion el Heroe del Norte? Yo voy á correr el velo que cubria tan enormes iniquidades. Vais á ver en claro el perverso designio que por muchos meses daba pábulo á la desmesurada ambicion del violento Emperador de los Frances, pero que le habia sabido disimular y vestir con el ropage de la buena fé.

En valde querria yo descubriros menudamente los malos tratamientos y opresion en que se vio nuestro amado Monarca, y caro alumno mio el SEÑOR DON FERNANDO VII, recordando aquel oscuro tiempo en que sin órden ni concierto giraban los negocios de la España al impulso ciego del que torpemente se habia arrogado los títulos mas honoríficos del Reyno, del
mons-

3.

monstro de Badajoz, que tan noblemente anatematizaron sus mismos compatriotas. En vano, repito, me pondria yo á referir (pues á todos es notorio) que la suma estrechez y envilecimiento en que no una vez sola se vió S. M. le impelieron en diversas ocasiones á derramar en mi seno los sentimientos de que se veia bañado su Real y generoso pecho. Yo le ví, yo le ví en distintas ocasiones y lugares levantar sus manos puras al cielo; yo le ví pedir ardientemente al Hacedor Supremo, que se dignase abrir el libro de la verdad, y dar á su venerable Padre el inestimable don de consejo, para restablecer la felicidad y el bien de la Nacion: y en fin, yo le ví ofrecerse víctima, para aplacar el justo enojo de Dios, por nuestros pecados, para que se sirviese perdonar á su querido futuro Pueblo.

Compadecido yo al contemplar la amargura de su corazon, y viendo que los oidos del Rey su Padre se hallaban interceptados por anchos y fuertes muros de preocupaciones y lisonja, y advirtiendo el peligro á que estaba expuesta de ser malamente tronchada esta fecunda y tierna vid, escarmentado ademas en la persona de su dignamente llorada ya difunta Esposa, no encontró para mi Alumno (ni aun en sus Padres,) mas arvitrio que sugerirle una especie que por todos caminos se presentaba la mas conveniente y oportuna.

Entablad, Señor, le decía, vuestra correspondencia estrechamente con el Conquistador del Norte, indicadle vuestro anhelo de enlazaros con una Princesa de su Nacion, pedidle su proteccion y amparo para la seguridad de vuestra persona que no dudo os la otorgará; pues que en ella cifrará aquel Héroe la mayor de todas sus glorias: afianzareis de este modo una alianza, que bien

bien observada, podrá asegurar y mas el bien estar de los dos Reynos. Invítadle, Señor, vos mismo á que os la venga el á entregar por su mano, y en el momento se arruinará espontaneamente este mal formado coloso, ese público destructor de la Monarquía.

Sí, Españoles Fernando el VII. dió este paso en medio de los temores que tenia de que no fuese agradable tal procedimiento á Godoy, y por consiguiente á sus Padres, que sugeridos de aquel, no perdonaron medio alguno para imposibilitar al Príncipe, por medios de otros esponsales, que consiguiese lo que su bastarda política calculaba que arruinaría su vergonzoso Imperio.

Mas ¿qué no pudiera yo decir aquí con referencia á diversas notas y villetes que se pusieron en mano del Príncipe, acerca de los sentimientos humanos que prodigaba (¡ah! en el papel solamente) aquel infame impostor? Todo lo facilitaba su temprana afición (así se explicaba), todo se terminaría quando pudiesen los dos verse y abrazarse. La Emperatriz y yo te veremos y abrigaremos; y las hermosas álas del Aguila Imperial te cubrirán todo en rededor.

Ya en este tiempo ocupaban las Tropas extranjeras á Lisboa, y las de la Nación entraban en Oporto, quando sucedió el tumulto de Aranjuez, y no dexaré de decir aquí que aquel astuto y mezquino seductor del Príncipe mantenía en dudosa perspectiva, no solo á este, pero al mismo Godoy, á todo el Ministerio. Mas aquel instantáneo accidente del Sitio desbarató radicalmente sus proyectos. Oye Napoleon con el mayor sentimiento y despecho que no se realizó la fuga de las Personas Reales, y que por la espontánea abdicacion de Carlos IV, es proclamado con universal júbilo y entusias-

siasmo de la España, sí, de la España, Rey legítimo y verdadero Fernando el VII.

Apresúrase á mover otros resortes, teme de la España, retira el pie sobrecogido de pavor y asombro, quando se cerciora del noble y leal agitación de sus habitantes: corre el telon transparente, y presenta otro de alhagüeña perspectiva. ¡Ah! Multiplícanse las postas, multiplícanse las muestras de sinceridad y afecto, y hace caminar á marchas dobles á la Emperatriz. ¡Ah, falso, y que bien supiste ocultar tu alevosía! ¿Con qué objeto haces venir á Bayona á tu muger acompañada de tantos personajes? Insta, en fin, el doloso político, y sale á recibirle el Infante D. Cárlos. Parecele poco al Rey esta extraordinaria demostracion; él mismo sale al encuentro del que creía su generoso Protector; y aunque nunca fue su voluntad poner el pie fuera de su Reyno, quando le manifiesta Napoleon que le favorecen mal sus vasallos, suponiéndole miras tan indecorosas; y que no se moverá de Bayona, sino manifiesta en sus procederes contra la errada preocupacion y vanos temores del populacho de Vitoria, que un Rey debe preponerse á tan cobardes y rateras pasiones, y que el medio único de mostrarse digno de sí mismo, y de la opinion de su protector, era el entregarle la persona del traidor Godoy, para cerciorarse de todas sus maquinaciones contra la causa comun de ambas Naciones, para sentenciarla segun derecho: quando le manifiesta todo esto, y por otro lado se quiere tranquilizar sobre la libertad de la abdicacion de su Padre, hecha en el tumulto, y le protexta á fe de Napoleon, que solo quiere tener con el dos ó tres conferencias para arreglar los intereses de ambas Naciones, y acabar de solemnizar el en-

lance y alianza entre ellas, confieso que se vió combatido su generoso y Real ánimo de los mas fuertes impulsos de presentarse solo, y absolutamente sin escolta la mas pequeña; pero yo me opuse con respeto á este noble arrebató... Aquí debería dexar un claro para no confesar yo mi fatal yerro en condescender: poco he dicho, en aprobar que saliese S. M. para Bayona. Me fié demasiado de mi propio parecer; pero si hay cosas que constituyen certeza moral de los acontecimientos, intervinieron sin disputa todas las que se reputan necesarias para constituirlos. No se diga que se obró sin graves fundamentos, por el éxito que ha habido: porque si siempre se hubiera de esperar el resultado de una accion para deliberar sobre su buena ó mala conveniencia, jamas deberiamos obrar con consejo; siendo cierto que alguna vez fallan las mas prudentes y naturales resoluciones.

Y si la fatalidad, ó mas bien el sórdido interes, no hubiera interceptado la comunicacion del Sr. Infante Don Carlos, aun gozaría la España de la amable presencia de su Rey. Pero estaba echada la suerte y mas quando vimos ir llegando sucesivamente á todas las demás Personas Reales á aquel infausto lugar. ¡Quién pudiera ahora explicar la dolorosa memoria que interrumpía de continuo el sueño de nuestro Monarca, reflexionando sobre el melancólico y triste estado de sus finos y leales vasallos! Mi vida, me dixo, sea enhorabuena sacrificada al oprobio de ese soberbio Conquistador... pero mis amados Pueblos, la Religion, las costumbres: ¡Oh, qué amargos recuerdos! Ya no volveré á ver á mis hermanos, á mis hijos, y principalmente á los habitantes de mi fiel Pueblo de Madrid. ¿Y cuál se-
ár

rá su suerte en este momento? Asi desahogaba su espíritu oprimido en mis brazos quando se retiraba á su Gabinete.

Llega, en fin, el instante apetecido por aquel infame hombre, que en el ningun correspondiente obsequio que nos habia hecho, estaba bien declarada ya su infamia: llega por último el crítico momento de proponer á S. M. el mas horrendo proyecto de que abdicase su Corona en sus manos, prometiendole otros Estados usurpados malamente; y hé aquí que muda de color el Rey, arroja sobre aquel cuerpo que encerraba tan negra perfidia, una mirada de insultante menos precio: enmudecele el enojo, y al fin salen de su boca estas cortas expresiones semejantes al trueno: *Moriré pero será siendo Rey de la España.*

Detienele el Emperador quando iba á retirarse; y aunque quiere aparentar una modesta y templada conformidad, centellean vivamente sus ojos, é intenta dar otro giro á la vergonzosa sesion; pero S. M. le afea á rostro firme su ingratitude y traicion; se despide amenazandole con las armas; pero es alhaja Fernando que no dexará se le vaya de entre las manos. Dase orden estrecha de que no se le pierda de vista, ni se le dexé comunicacion, y se toma conmigo y demas comitiva la misma providencia.

Desde este momento no se vé otra cosa al rededor de nosotros sino rostros ceñudos, insultantes y menospreciadores, esperando de uno en otro dia, como en fortuna, el aciago resultado de la ambicion reprimida.

De alli á poco se empieza á prodigar finezas y obsequios extraordinarios á los viejos Reyes, y estos á reprehender severamente á su hijo. Ya se pone en libertad

tad á Godoy, y se le vuelven todos sus honores; ya se presenta éste al Rey, y á todos nosotros para ultrajarnos: ya en fin se violenta á Fernando á que abdique la Corona en su Padre.

Nombra éste, á solicitud del Emperador, Teniente General del Reyno al Duque de Berg, y renuncia segunda vez su Corona en manos de Napoleon.... Gime el mismo Rey Padre poco tiempo despues, luego que reflexiona su precaria situacion; pero la Reyna hace que firme sin saber una impura, vergonzosa, y asimismo colérica carta.

Sabe Napoleon que fermenta la España, y teme nuevamente: hace que renuncien los derechos á la Corona que tenga y tener puedan el Príncipe é Infantito Don Antonio y Don Cárlos; y propone al Consejo de Castilla el admitir un Cetro extranjero.

Mas como esto no puede hacerse sin el pleno consentimiento de las Cortes, manda el Duque de Berg, que obligue á presentarse en Bayona á varios sugetos del Reyno, para tener un congreso general.... Infelices de los que vengan! Si alguna fuerza puede hacer os un hombre que tan de cerca ha visto los peligros, creedme, no piseis una tierra enemiga. En otra ocasion, si me fuere permitido, yo os haré ver mas por extenso el noble procedimiento del Duque del Infantado, y de los demas confidentes de S. M. pues ahora es fuerza seguir el destino á que la Divina Providencia nos conduce al interior de la Francia, á purgar nuestros descuidos; pero antes de salir os quiero comunicar dos importantes verdades. El Emperador de los Franceses se ha valido de mil ardides para hacerme sospechoso á la Nacion, proponiendome como á un hombre venal una plaza del Consejo.

sejo de Estado, y publicar, aceptada que fuera, mi mezquina ruindad. Los sentimientos del Señor Rey Don Fernando el VII, son y me atrevo á asegurar con mi propia vida, que serán eternamente los mismos que siempre tuvo de sacrificarse por el bien y felicidad de sus vasallos. Y si el Dios de los Exércitos se apiadase de nosotros, y por una providencia extraordinaria le concediese volver á los suyos, se lisonjea que escarmentado en su propia persona, y vistos por experiencia los sinsabores que ha ocasionado á sus mas leales vasallos, no perdonará medio alguno para la universal felicidad de la Religion y del Estado.

S. M. me encarga estrechamente que os participe que todo lo espera de vuestra lealtad y valor: que segun se presentaren las circunstancias obreis todos con un nime consentimiento, para no dexaros ceñir las duras cadenas de la Francia, y ospide con el mas cordial afecto que no haya cismas entre sus Pueblos, sino que todos de acuerdo con el Real y Supremo Consejo, con los Capitanes generales de su Reyno, y con el voto de los demas hombres buenos: en una palabra, que animando á todos un mismo espíritu, mostreis firmemente á vuestros enemigos, que el que os ha querido arruinar con artificios y engaños, puede ser envuelto en la misma ruina que indignamente preparaba por medio de la fuerza, del valor, y vigorosa resistencia. Por último, que quanto se publicare en el Reyno en voz y á nombre suyo, que desdiga de lo que merece una Nacion tan noble como los Españoles, que lo reputeis desde luego por supuesto, y lo considereis de ningun valor, ni efecto; pero que en medio de tantos males, jamás os olvidéis de S. M.. en vuestras oraciones, á las que se encomienda

como

como católico cristiano, y os saluda mil y mil veces
bañadas sus mejillas de las mas ardientes lágrimas. En
Bayona &c. Escoiquiz.

A LOS ESPAÑOLES AMERICANOS.

Americanos, noble progenie de ilustres Españoles,
fieles qual nosotros á su Monarca, y ciegos adoradores
de un mismo Dios eterno: el frenético y ambicioso
conquistador, el malvado y declarado enemigo de la hu-
manidad, un hombre sin moralidad ni carácter, un mon-
stro de perfidia é ingratitude; sin igual el audáz y sacrile-
go profanador de leyes, derechos y religion, en una pa-
labra, Napoleon Bonaparte, Emperador por usurpacion
de los Franceses, es la furia que ha lanzado el averno
con estremecimiento y horror para ruina y desolacion
de Pueblos y Naciones, y que intenta reducir á España
é Indias á penosa esclavitud, para que subyugadas á
su carro completen los triunfos de su maldad.

Este feroz hombre sin virtud alguna, adornado de
todos los vicios, y el hipócrita mas disimulado que se
ha presentado en el universo, despues de haber arrebatado
con el mas negro dolo del seno de sus amados vasallos
al inocente y desgraciado FERNANDO, delicias, y
dulces esperanzas nuestras, y llevadolò á Bayona á una
asamblea de taymadas raposas, le violentó á la cesion de
la Corona en su persona, lo tiene desterrado y prisionero
en su Reyno, y nos ha dado ya un Señor para que
nos trate duramente como á brutos.

Ame.

Americanos, ¿os asombráis al oírlo y miráis atónitos al cielo? Y direis: ¿pues Francia no era nuestra aliada? ¿No respirabamos en tranquila paz? ¿A sus victorias y triunfos no ha concurrido la España con riquezas y soldados? ¿Veinte y cinco mil en el norte no sostienen el honor y gloria de ese hombre? ¿La guerra á los isleños Ingleses, guerra que arruina nuestro comercio y artes, no es empeño temerario, por no desampararle, y lograr la paz tan decantada, prometida por mucho tiempo, y que nunca vemos? ¿Y por qué la generosidad, franqueza, y amistad sincera han producido frutos tan amargos y venenosos? Ese déspota no puede ser habitante de la culta Europa, ni puede ser hombre semejante á nosotros. Los fieros leones de la Libia, y las serpientes horribles de la Persia se han alimentado con leche mas humana y agradecida.

Americanos, ¡ha! cierto es quanto proferis, y ved si será justa nuestra indignacion. Corramos, pues, apresurados, y sufoquemos un monstruo que tanto degrada nuestra especie. Mas acabad de oír los medios de que se ha valido para llegar á la cima de la maldad.

El Emperador de los Franceses para realizar sus planes, de un espíritu fraudulento, y capaz de atentar á los cielos, introduxo un ejército numeroso en nuestra Peninsula, parte para socorrer al destinado á Portugal, y el restante bajo la apariencia de sostener á nuestro Príncipe de Asturias, cuya preciosa vida, y Real Corona vacilaba con la ambicion de un favorito vil, afeminado, inepto y codicioso. El Gobierno permitió esta irrupcion de soldados: mandó que las plazas fronterizas se ocupasen por los aliados, y que se les tratase como á fieles y generosos amigos. La nacion española vió con harto dolor

lor y sufrimiento la conducta de nuestro ministerio, digna de la época, y reynado memorable de Cárlos IV. Mas al fin, luego que se desplomó el enorme coloso del Príncipe de la Paz, cimentado en la base de la intriga y corrupcion, y que Cárlos abdicaba la corona en su hijo, creimos todos que Napoleon era el Angel tutelar destinado á salvar la infeliz España.

Pero ¡ah! apenas gozabamos tan serenos días, quando nuestros labios aun no se habian cansado de repetir los alegres *vivas* de FERNANDO VII., y nuestras manos levantadas á los cielos vendecian la providencia tierna y amorosa del Altísimo, el rapáz y astuto Napoleon escribe á FERNANDO, participale la queja de su Padre por la abdicacion ilegítima á que se le forzó, lo llama á Bayona, y juntamente á toda la familia Real; juzga esta causa que él forjó, y declara que Cárlos debe continuar reynando. El obediente hijo cedió, y ya la España previó la cadena de males que le labraban.

Este primer paso de fingida justicia, fué el precursor del crimen mas atróz que ha visto la luz del dia. A poco tiempo se obliga á Cárlos á la cesion de la corona en Napoleon. FERNANDO resiste aunque estaba en pais enemigo, solo, y rodeado de peligros, pero al fin, los derechos que naturaleza y Dios pródigamente le donaron, fueron arrancados por la vil mano del usurpador. ¡Cielo santo! Espíritus inmortales del Señor de los exércitos, testigos de tamaña perfidia, ¿quien pudo detener vuestras vengadoras diestras? ¿Crimen tan horrendo no ha conmovido el alto empireo? ¿Y el Omnipotente para quando aguarda su irresistible furor? ¿Porqué no lanza una mirada sola, y sacude de su mano el fulminante rayo que aniquile y reduzca á la nada al sobervio y orgulloso

lloso polvo, que derroca tronos, troncha cetros, huella altares, y trastorna el globo?

Pero americanos, ya Dios nos ha despertado, y España toda está alarmada. El ejército frances compuesto de naciones, y sectas varias que extendido dentro de nuestro Reyno nos atemorizaba, se ha reducido á una porcion de miserables, que solo intentan evadirse de nuestra cólera y venganza. Hasta el clima va con nosotros á pelear. El Andaluz fogoso, el Valenciano diestro, el Aragonés guerrero, el indomito Catalán, el audáz Vizcaíno, el noble Asturiano, el Gallego sufrido, el valiente Extremeño, el fiel Castellano corren todos á los frios Pirineos. No estamos seguros aunque estos muros inmuebles, antigüos y duraderos como el mundo, nos separen de ese bárbaro déspota, y de esa nacion regicida. Hemos de poner nuestras plantas sobre la cerviz altanera de la Francia, y de su pésimo Emperador. Las aguilas francesas serán la presa que destrozará el brabo Leon de Castilla. A FERNANDO VII hemos jurado por nuestro único y legítimo Señor soberano. No piense Napoleón, ni alguno de su generacion sentarse en el trono de los valerosos Pelayos, católicos Recaredos y Fernandos santos. Busque en el Asia y en el Africa almas viles, torpes déviles para agravarles el sello de la esclavitud. Mientras viva un verdadero español el odio será inextinguible, imposible su conquista. La misma tierra producirá áspides, basiliscos, monstruos que nos venguen y defiendan; no sufrirá las pisadas impuras y sacrilegas de tanto herege, libertino y judío.

Mas no llegará este triste conflicto. Las glorias, y hazañas de ese decantado heroe compradas con la sangre, y lágrimas de la humanidad han descendido al Oca-

so. El no sabe lo que es guerrear con hombres amantes de la libertad, con exércitos católicos, ni lo que es Dios, ni lo que puede y hará. Su sangre será las primicias de nuestro valor; y los destrozados miembros del gigante de la iniquidad descenderán hasta el profundo por no infeccionar á toda la especie humana. Su memoria será maldita de generacion en generacion, y á todo tirano irreligioso, usurpador, fementido á la suma maldad se le llamará Napoleon Bonaparte. Vivirias: si vivirias Napoleon, si pudieras cometer otro mayor atentado; pero ya á la tierra causas pesadumbre, el cielo te abomina, y solo el Abismo te ama y te desea. Teme Napoleon en tu prosperidad, que nosotros esperamos en la adversidad.

Y vosotros Americanos ¿no quisierais volar, y unidos á la patria vencer ó morir defendiendo vuestra apreciable libertad, vuestra divina Religion, y vuestro Rey y Señor D. FERNANDO VII el amado? Pues sabed, que una es la causa que nos impulsa á todos: vassallos como nosotros sois del mismo Monarca: el mismo culto y dogma nos conduce á la felicidad: vuestros abuelos, y padres son porciones nobles de nosotros: la propia servidumbre, ignominia, y deshonor amenaza á vuestras mugeres é hijos que á los nuestros. La América y España forman un solo cuerpo, y sus sentimientos deben ser uniformes. Un americano es un verdadero español; un español el dechado mas completo de honradéz y valentía. Si el enemigo se acerca á vuestras playas, si intenta seduciros y engañaros, si los Gobernadores y Xefes militares viles traidores tratan de entregaros como manadas de rebaños, si entre vosotros se esconden venales y bastardos españoles, estad ya prevenidos; corra la sangre de los malvados hasta el caudalo-

so Bétis: un odio eterno se anide en vuestros corazones al tirano de la Europa, y sus infernales satélites: jurad á FERNANDO VII en vuestro vasto emísferio la lealtad, obediencia y fidelidad sean los distintivos que os decoren: vuestras azañas á par de las nuestras inmortalicen la fama de la nacion: vea el mundo que somos ilustres bastagos de los Gonzalez, Cídes y Cortésés; y esperad en breve las alegres nuevas de estar salva la Patria, triunfante la Religion, y confundido el mas criminal de los mortales. =

Reimpreso en Guadalaxara por disposicion, y á expensas del Real Acuerdo compuesto del M. I. S. Presidente Don Roque Abarca, el Señor Don Cecilio Odoardo Palma, Regente Interino, los Señores Oydores Don Juan Recacho, y Don Juan Hernandez de Alva, y el Señor Fiscal Don Juan Ignacio Munilla.

